

## CHAMANISMO INSTITUCIONAL

De la Prehistoria a la Modernidad, del Amazonas a las Guineas, sin excepción, todas las tribus tienen algún chamán y todos los chamanes cantan, bailan, abundan en abalorios, recitan hechizos, convocan espíritus, hacen aspavientos y requieren sacrificios. No se lo han enseñado unos a otros, desde tal vez los primeros ancestros sapiens de hace 200.000 años. Muchas generaciones sin que nada cambie puede ser porque si un comportamiento funciona, permanece, pero también es posible que evolucione convergentemente hacia patrones similares, por lo mismo, porque funciona. Es operativo como función social, aunque la Ciencia haya concluido en que poco solucionan en medicina. Max Weber describía la religión como la institucionalización de los chamanes: se quedó corto, al referirse solo a la función del chamán de hablar con algunos dioses. Los chamanes hablan mucho con muchos, de muchas cosas. Hablan con los ancestros, (nacionalismos), hablan con la Naturaleza (ecologismos), hablan con el Todo (la New Age está llena de ejemplos), hablan con las deidades de la justicia (ideologías), de la guerra,... hablan, pero no se les entiende, porque tampoco ellos entienden lo que dicen, ni lo que les dicen

En el Neolítico la figura del chamán se institucionaliza: quien baila, se disfraza, habla crípticos hechizos y sacrifica pollos, es el chamán institucional, que tiene cabezas visibles en presidentes, sacerdotes, gurús, líderes,... apoyados siempre de una curia afín, de normalización y de policía ante herejías. La institución que vive de una narración, una interpretación del mundo, tiene su estética e intolerancia propias, pero todas las tienen, todas hablan y ninguna entiende lo que dice. Los hechizos se recitan en jergas incomprensibles para los no-legos, se sustituyen amuletos por expertos, los disfraces se hacen moda - con corbata, de derechas, con rastas, de izquierda,...-, se graban las canciones en video-clips, se arenga desde las tronas y pantallas. Se han actualizado y el cambiologismo tiene su neolenguaje, su neodiscurso, su neoestética, y su neomoral, con sus científicos alarmistas, sus categorías, sus herejes, su homologación, su película,... El sindicalismo, el consumismo o el racismo, coinciden con todos los ismos en el método. Ante una percepción social de riesgo, se ponen a declamar sus hechizos, a bailar sus bailes, a girar sus carracas, a disfrazarse y a exigir sacrificios. Sus máscaras ya no tienen plumas, sino carteles con Photoshop, sus bailes son tras un atril con micrófono y gesto convencido. Los brujos de cada institución visten batas blancas, corbatas o pasamontañas, y hablan desde pantallas de ordenador y altavoces. Su poder se basa en hacer algo rimbombante y con algún coste en forma de sacrificio, para que si el asunto se arregla, se les atribuya el mérito; y si no se arregla, la culpa sea del insuficiente sacrificio o del pecado contra el Neomoral correspondiente al Neodiscurso, resumido en Neoestéticas, neomúsicas, neolenguas, mística, rituales, símbolos, banderas,...

Nuestras instituciones están haciendo exactamente lo mismo que hace 200.000 años, más elaborado, sí, pero lo mismo. Un médico-antropólogo en una tribu observa al chamán e identifica ciertos aspectos que pueden ser terapéuticos, mezclados con otros que no lo son en absoluto, incluso contraproducentes, y sacrificar vírgenes no suele resultar decisivo. Ante la alarma del coronavirus, bailan y hechizan, exigen sacrificios, y cuanto más alarma, quien más alto más cante y más bueyes proponga llevar al altar, será percibido como el mejor chamán, pues si no va bien el asunto y el Verano no baja la tasa de contagio, siempre podrán jugar al mérito-culpa. Los que no sacrifiquen nada, serán chivos expiatorios si el hechizo va mal, pero si el baile va bien, el mérito será suyo... aunque si se atreven a atribuirse el mérito de que pase la gripe "normal", podrán atribuirse, como el Màgic Andreu, el que pase la neumonía. Lo importante es hacer algo, aunque no sirva, aunque sea incluso contraproducente, pues el objetivo no es solucionar lo mejor posible al mínimo coste (toda intervención médica puede no restablecer al completo y puede tener efectos secundarios, incluso puede ser no recomendada), sino gestionar el mérito y la

culpa. Castigo para los herejes y los que propongan dejar tranquilo al enfermo, sin marearle con rituales, pues será culpable si la palma, así que toda la tribu acaba dándole vueltas a la hoguera. El método ha probado cientos de miles de años su validez y nada hemos aprendido.

No importa cuales de las medidas para evitar el contagio sean útiles o inútiles, no importa su coste en bueyes o cierre de empresas, si no funcionan los pollos, habrá que ir a por las vacas, si no, sacrificar niños, vírgenes, lo que haga falta, pues siempre quedará el decir que los espíritus no están conformes con nuestra racanería o que la culpa es de un forastero, o de la concupiscencia. No saben ni sabremos si las medidas de confinamiento van a solucionar algo, pero sí saben que si no hacen aspavientos y la cosa va mal, las instituciones tendrán la culpa, ergo, haciendo algo, despejan la culpa pero nada arreglan, o sí, lo saben tanto como el chamán que baila epiléptico ante un ataque epiléptico. Cuando los niños juegan y se tropiezan, suele funcionarles a los padres pegar al objeto tropezado: “¡malo, malo!”, para que el niño deje de llorar y siga jugando (un hechizo como cualquier otro). Una sociedad gestionando el riesgo colectivo en estado de alarma, con heurísticos de urgencia y negatividad, nos devuelve a una irracionalidad primitiva y nos proyecta a una infantilización futurista.

¿Lo hacemos por conspiración? En absoluto: creen en lo que hacen, si no no lo harían. Creer es la clave. Tienen un relato del que viven y en el que viven, y buscan un dato que los confirme: otras veces sacrificamos pollos y el paciente sanó. Racionalmente es el dato que genera un relato y no al revés. Acompañarán a su relato con datos sueltos, confirmativos, seleccionados y absolutos. Tantos muertos, tantos contagios, tantos lo que sea,... y si hay que seleccionar confirmados y sospechosos, se suman, si hay que asignar a muertos por infarto con coronavirus, a muertes por coronavirus,... un modo suave de lo que llaman los psicólogos Disonancia Cognitiva. Claro, quien no cree, que es quien duda, es hereje y traidor por no ofrecer alternativa y nadie pondrá en cuestión al Brujo,... tal vez funcione.

Alguna de las hierbas o el efecto placebo de los chamanes, tienen efecto, incluso algunos ritos obligan al confinamiento del enfermo y a reducir el contagio, el humo o ciertas prohibiciones pueden servir con fines terapéuticos,... la homeopatía, la acupuntura, la risoterapia,... en determinadas circunstancias, algo hacen, pero si ello se acompaña de sacrificar vacas por más dramatismo obtener, tiene un problema: no habrá leche para la tribu. Algún pollo, vale, pero en la vorágine del “yo propongo sacrificar más bueyes que tú”, sin medida de coste en la que nos hemos instalado, el mensaje que subyace es que si no lo haces y la cosa va mal, tendrá medalla el que más ha propuesto y culpa el que ha resistido a sacrificar a la virgen, cuando acabe el ciclo de contagios, porqué de todos modos tal vez hubiera sucedido lo mismo, el hambre puede ser peor que la enfermedad. En esa descontrolada carrera armamentística por whatsapp, habrá premios y expiaciones de quienes ni en uno ni en otro caso, tuvieron mérito o culpa.